

Por tierras oscenses

La Cruz Blanca: Entre buchos y alborzeras

Por J. Mariano SERAL

Como en cada excursión, el día anterior repasaba el itinerario a seguir en los mapas, en muchas ocasiones esta labor la realizaba en Coscollano, pueblo del cual soy. El recinto en el cual me encontraba, en antaño había cumplido la funcionalidad de corral, hoy poco tenía que ver en cuanto a su antiguo uso y estructura, habiendo pasado a ser un espacio de recreo, el suelo del área descubierta estaba empedrada, con losas de arenisca de cierta dureza, flores y parras daban una pincelada de colorido, predominando el verde esperanza. Las oscuras golondrinas que siempre volvían con la llegada del buen tiempo, entraban y revoloteaban en alguna de las tiñas, donde pacientemente habían construido sus nidos de barro, intercalando pequeños tallos de hierbas aportando al conjunto una mayor resistencia, recordándonos sin lugar a dudas las construcciones de adobe de la mano del hombre. El espacio ajardinado había sido regado hacía pocos minutos, emanando un intenso aroma a tierra mojada. El suave murmullo de las hojas mecidas por la brisa, introducían alguna nota sonora en la partitura del sonido del campo.

Mis padres, abuelos y ascendientes habían dedicado por completo su vida a la agricultura y ganadería. Muchos cambios se habían producido en la última centuria, seguramente el paso de labrar con tracción animal a arar con tractor, el más notable. Recientemente las nuevas tecnologías se habían incorporado al campo, la electrónica combinada con la mecánica habían hecho ganar en calidad de vida, esto implicaba que las explotaciones cada vez debían contar con mayor extensión de terreno para ser rentables, contribuyendo de este modo a aumentar la despoblación de la zona rural. Sin haber sido una decisión tomada, yo pertenecía a este grupo de personas que habían cercenado esa tradición generacional en cuanto a las labores agropecuarias. La profesión de agricultor desde el primer momento me ha parecido bonita, el pleno contacto con la naturaleza, ver los primeros rayos de sol del nuevo día, sentir la fresca brisa en las mañanas de primavera, levantar la mirada y contemplar la Sierra Guara como lienzo decorativo del lugar del trabajo, ver el ciclo de las plantas (siembra, nacimiento, crecimiento, cosecha, etc), con las mismas pautas pero matizado por la climatología propia del año y el buen hacer... La agricultura y ganadería siempre estuvieron ligadas al hombre desde el momento que se hace sedentario, aunque eso sí; hay que reconocer que es una profesión sacrificada, nunca faltaba trabajo por realizar. En mi juventud gran parte del tiempo libre lo dedicaba a ayudar a mis padres en dichas labores, esa falta de tiempo hicieron que pasase desapercibido ante mis ojos el entorno en el cual me encontraba, la belleza del paisaje, sus formaciones montañosas, el trabajo escultórico de las aguas plasmado en cañones, plegamientos, estratificación del terreno, fósiles, vegetación, fauna, la gran cantidad de construcciones que

hablaban de la historia de sus moradores y un largo etcétera. Pronto me di cuenta de que cada una de estas excursiones se convertían en instructivas lecciones dentro de un aula natural, aunque ya habían pasado algunos años, intentaba refrescar aquellos conocimientos en su mayor parte teóricos, adquiridos durante mi etapa de estudiante.

Al día siguiente con la brisa de la mañana, cuando el sol raya el alba, tomamos la A1227 dirección este, antes de llegar a la localidad de Aguas nos desviamos dirección San Cosme, estacionamos nuestro vehículo en el área acondicionada para aparcamiento en el entorno próximo a la casa del Estebañón, nos detenemos durante unos instantes para observar el edificio de mampostería retocada de conglomerado, en uno de dichos mampuestos, recubierto por una fina capa de cemento está inscrita la altitud en la cual nos emplazamos, 840 m, en la parte inferior de los muros es bien patente la erosión. En los cubiertos de la parte sur el mampuesto da paso al ladrillo, alguno de los maderos de su techumbre acusan el paso del tiempo, resistiendo a duras penas. A pocos metros de este edificio tiene lugar el nacimiento del barranco del Giscal, que surca las tierras de Coscollano de norte a sur al pie del talud de la Sarda, en otros tiempos llevaba cierto caudal de agua, ese elemento líquido esencial que allí por donde pasa da vida, generando gran actividad como es el caso de esta zona, ya no sólo por las fructíferas huertas que se cultivaban en su ribera, sino por la tejería y los restos de cuatro hornos de cal que se emplazaban en el talud de dicho barranco.

Empezamos a caminar dirección al Santuario de San Cosme, la pista transcurre entre los alineados pinos de repoblación, hay zonas de gran espesura, buchos, zarzas, monte bajo. A mano izquierda dejamos el desvío que se dirige a la Cruz Blanca. Aunque el día ha salido con nubes bajas, los rayos del sol las van disipando. La posición de la pista nos permite ver los verticales crestones del Borón, las primeras luces del día lo van iluminando resaltando las tonalidades rojizas, a sus pies el verde turquesa de las remansadas aguas de Vadiello, rodeado por los tonos grisáceos y rojizos de los macizos de conglomerado de los mallos de Ligüerre, que se erigen como verdaderas atalayas queriendo acariciar las suaves nubes, recordándonos la grandeza de la naturaleza. La diferencia de la composición de las formaciones montañosas, así como la disposición de los estratos nos dan información sobre el orden en que se esculpió este paisaje, el Borón con sus estratos verticales de caliza fue anterior a los mallos de conglomerado. Por el oeste predomina el verde de los pinos alternando con diferentes pinceladas dentro de la misma gama, matizado también por el grosor del pincel, es decir, por el tamaño de las hojas de los cajicos, alborzeras, carrascas, zarzas, buchos, etc, formando en su conjunto una vaguada de gran belleza paisajística desde la posición en la cual nos encontramos hasta la Cruz Blanca, extensión que vamos recorriendo pau-



sadamente con la mirada.

Pasamos por delante de la antigua tejería, punto de referencia para realizar numerosas excursiones (Calcón, Fabana, Nocito, Fraginet, Arraro, Horno Dos Mozos, Petreñales, etc). Dejamos a mano derecha la pista que conduce a San Cosme, se aprecia su trazado serpenteante en tonos ocres entre el verde de la vegetación a los pies de la Predicadera. También alcanzamos a ver los edificios de San Cosme bajo la gran mole

de conglomerado. En pocos minutos llegamos al esconjuradero de la Cruz Cubierta, de planta cuadrada, suelo de ladrillos, bastante deteriorado, tejado de cuatro aguas, paredes de mampostería, cuatro arcos de medio punto de piedra toba (uno en cada muro) dan acceso a su interior. Desde este punto también parte una senda que lleva a la ermita mencionada anteriormente, la cual al transitar por vertiente norte (zona de umbría), en las primaveras lluviosas se

cubre de un verde manto aterciopelado de musgo, ya en el último tramo hay una pequeña cascada de las cristalinas aguas que tienen su nacimiento en la Fuente Santa.

Nosotros tomamos dirección sur, a lo largo del trayecto va aumentando de forma gradual la vegetación, cajicos, carrascas, alborzeras, buchos y conforme nos adentramos hace acto de presencia el pino, alguno de ellos de grandes dimensiones, la vegetación se espesa, clareando en las zonas en las cuales aflora el conglomerado reduciendo la capa de tierra vegetal, impidiendo echar raíces a la masa arbustiva.

Al aproximarnos al barranco del Pilón podemos escuchar el murmullo del discurrir de sus aguas, el caudal es exiguo en las fechas que realizamos este recorrido (julio), el único aporte que recibía era el de la fuente del Pilón. La pista comienza a ascender suavemente entre el tupido pinar, en pocos minutos llegamos al esconjuradero de la Cruz Blanca, de mayores dimensiones que el de la Cruz Cubierta, tres arcos de medio punto dan acceso a su interior, Adolfo Castán en su libro Lugares Mágicos hace una gran descripción de esta construcción, "de planta cuadrada, 6,45 m de lado exterior, 4,95 m por dentro. Sus paramentos miden 0,74 m. de grosor, integrando mampostería, piedra tosca en los arcos y parte alta de esquinazos, alero de ladrillo y teja árabe para el cubrimiento. La pared este acoge una pequeña hornacina de poco fondo y desarrollo". La presencia de alborzeras (alborocera o madroño) y del esconjuradero dan nombre a la finca que dejamos a mano izquierda, perteneciente al monte de Coscollano, conocida como el Alborceral o Cruz Blanca, esta parcela la había recorrido en antaño en más de una ocasión, en estos momentos se echaba de menos a los pastores locales, conduciendo el ganado por estos parajes, con su zamarra y su cayado, con su piel curtida por el sol, grandes conocedores de la zona, eran una gran fuente de documentación. Seguimos por la pista dirección oeste, se aprecian los trabajos forestales con el fin de abrir un cortafuegos, se ha talado algún pino y se ha desbrozado una amplia zona. Dejamos varias bifurcaciones y seguimos la pista hasta el tozal de Cornito, en este enclave se sitúa la cueva de los Murciélagos, de difícil acceso, en un macizo de conglomerado se abre su entrada.

La pista pasa a ser senda, baja con fuerte pendiente entre coscoja y maleza, buscando en algunos tramos la línea recta, en pocos minutos llegamos al cauce del río Guatizalema, nos detenemos para admirar la gran labor realizada por las aguas año tras año plasmada en las verticales paredes, para vadearlo nos descalzamos, en la época estival su caudal se merma, se agradece el contacto de las frescas aguas con nuestros pies ejerciendo un efecto relajante, tomamos la pista en la otra orilla, que sube en zigzag entre pinos hasta dar con el refugio de Peña Guara. Antes de iniciar nuestro regreso realizamos una última lectura de esta poesía visual en la cual nos encontramos inmersos.